

ORACIÓN DE PREPARACIÓN

Señor, Dios mío; creo que estás aquí, que me ves, que me oyes. Te alabo y te adoro con profunda reverencia. ¡Bendito seas por toda la eternidad! Perdóname mis culpas y pecados. Te pido tu luz y tu gracia para hacer con fruto este rato de oración.

Santa María Inmaculada, Madre de Dios, ruega por mí.

ORACIÓN DE CONCLUSIÓN

Señor, Dios mío, te doy gracias por los buenos propósitos, afectos y deseos que me has inspirado. Te pido tu ayuda para ponerlos por obra.

Madre mía, Virgen Santísima, ruega por mí.

TEMAS PARA MEDITAR



**PASIÓN DE JESÚS, Nº 3
LAS SIETE PALABRAS DE JESÚS EN LA CRUZ**

INSTRUCCIONES PARA USAR ESTE CUADERNO

- 1.-Este cuaderno no es para leer. Es para orar.
- 2.-Todas las palabras aquí escritas quieren ser una ayuda para tu oración.
- 3.-Las mejores palabras de este libro no son las que están escritas en él sino las que tu mismo dirás a Dios en tu oración.

¿CÓMO SE HACE LA MEDITACIÓN?

PRIMER PASO

Busca un lugar retirado y en silencio donde puedas hacer la meditación (normalmente tu habitación o una sala habilitada para esto)

Necesitarás un tiempo de entre 15-20 minutos para hacer bien la meditación.

SEGUNDO PASO

Escoge el tema que vas a meditar (solo uno por cada rato de meditación). Puedes repetir los temas pasados unos días pues cada vez te dirán cosas nuevas.

TERCER PASO

Ponte en presencia de Dios. Sé consciente de que Él te está mirando. (Esto se hace en unos breves segundos)

Puede servirte la “oración de preparación” (para mayor comodidad está colocada en la parte de atrás del cuaderno).

*Señor Jesús... mi amado Salvador.... ¡hasta qué extremos te ha llevado el amor que me tienes! ¡Qué locura ese amor que te ha hecho morir en la cruz por mí...! Ahora solo quiero mirarte, contemplarte, verte y sentir sobre mi corazón tu amor infinito. Después de lo que has hecho por mí, ¿quién me podrá apartar de tu amor? Si has sido capaz de tanto... ¿qué no harás si te pido de todo corazón tu santo amor y permanecer en él hasta el final?

*Santo abandono en la voluntad del Padre... voluntad a veces difícil de entender, oscura, dura y complicada.... pero si mi Padre del Cielo que tanto me ama me lo pide, ¡es porque es lo mejor para mí!... ¡Dame Señor abandono absoluto en tu divina voluntad y en tu divina providencia!

*En ti sólo confío, Señor... en medio de mis problemas y dificultades (voy a contártelos)... en medio de mis tentaciones (voy a contártelas)... en medio de mis debilidades y fracasos (voy a contártelos)... en medio de situaciones a las que no veo salida... me abandono absoluta y confiadamente en tus manos poderosas y bondadosas. Contigo nada temo.

CUARTO PASO

COMPOSICIÓN DE LUGAR

Observa el momento final de Jesús en la cruz. Con paz, tranquilidad, sencillez y majestuosidad al mismo tiempo, entrega su vida en manos de su Padre eterno. Su vida en la tierra ha terminado. Su sacrificio ha sido concluido.

El amor que le une al Padre por toda la eternidad se manifiesta en su sagrada humanidad en sus últimas palabras. A pesar del dolor, del sufrimiento, del aparente abandono confía plenamente en su Padre del Cielo. No ha dudado ni un segundo del amor de su Padre, del plan de su Padre, de la amorosa voluntad de su Padre.

Mira la figura muerta de Jesús en la cruz. Mira sus manos y pies clavados, su cuerpo destrozado y desangrado, su cabeza inclinada.... Ahora tienes la prueba: ¡Dios te ama! ¡Te ama de forma infinita! ¡Te ama con locura, con pasión, con una entrega inimaginable! ¡Ha muerto por ti, para salvarte!

Tiene dos partes:

PRIMERO: Lee el texto evangélico tranquilamente, fijándote en los detalles. ¿Qué dice? ¿Qué te dice a ti?

SEGUNDO: Lee la “composición de lugar” y ve imaginando lo que va diciendo (pues la composición de lugar tiene como finalidad que imagines la escena del Evangelio que has leído y te metas en ella, como si fueras un personaje más).

QUINTO PASO

Lee los puntos de meditación y habla con el Señor según estos te inspiren.

Aquí está la clave de la meditación: habla con Jesús, cuéntale tus dificultades, problemas, situaciones, proyectos. Usa tus propias palabras, habla como hablarías con el mejor de tus amigos. Insiste mucho en hacer actos de amor al Señor, de fe en Él, de confianza, de abandono, de pedirle fuerzas y ayuda....

No leas todos los puntos de golpe. Ve uno a uno, dedicándole un tiempo a cada uno de ellos. No hace falta que hagas todos los puntos. Si no los terminas no pasa nada. Detente allí donde más devoción halles.

Saca propósitos concretos de mejorar tu vida cristiana y termina siempre dirigiéndote a la Santísima Virgen María. Puedes terminar con la “oración de conclusión” (está en la parte de atrás de este cuaderno).

PRIMERA PALABRA DE JESÚS EN LA CRUZ

(Lc 23, 33-34)

Y cuando llegaron al lugar llamado «La Calavera», lo crucificaron allí, a él y a los malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda. Jesús decía: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen». Hicieron lotes con sus ropas y los echaron a suerte.



SÉPTIMA PALABRA DE JESÚS EN LA CRUZ

(Lc 23, 44-46)

Era ya como la hora sexta, y vinieron las tinieblas sobre toda la tierra, hasta la hora nona, porque se oscureció el sol. El velo del templo se rasgó por medio. Y Jesús, clamando con voz potente, dijo: «Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu». Y, dicho esto, expiró.*



COMPOSICIÓN DE LUGAR

Observa como crucifican a Jesús. Los verdugos lo hacen con una frialdad increíble: para ellos es un condenado más. Los sumos sacerdotes judíos miran la escena con rabia, con odio, con deseos de borrar el nombre de Jesús para siempre.

Observa como primero clavan una mano. Luego la otra. Ahora vienen los pies. Luego todo el conjunto es elevado. Todo ello entre terribles dolores para el Señor.

Y sin embargo, en vez de gritar como un loco, de blasfemar, de insultar a los que están cometiendo tan grandísima injusticia con Él, Jesús se limita a decir: «Padre, *perdónalos, porque no saben lo que hacen*». Al escribir el Evangelio “Jesús decía...” nos da a entender que lo repitió más de una vez.

¡Oh Señor! El mundo te rechaza, te persigue, te odia... y Tu solo hablas de perdón. Reconoces que son culpables (pues si no, no se pediría perdón para ellos) pero apelas a la bondad de tu Padre Dios para que no sean castigados.

Observa la paz, tranquilidad y amor de Jesús mientras pronuncia estas palabras en medio de un ambiente atroz, tenso y lleno de odio.

*Mi Señor Jesús... te contemplo en la cruz, al final de tu vida, unos segundos antes de morir... Has cumplido tu misión... todo lo que el Padre te encomendó lo has realizado... lo has realizado perfectamente bien... Todo cumplido. ¿De dónde sacaste fuerzas para soportar tanto y mantenerte firme hasta el final? ... ¡Del amor que me tenías!.... ¡Oh Señor! ¡Qué inmensa es tu bondad!

*¿Podré decir yo, al final de mi vida, que todo está cumplido? La misión que Dios me ha encomendado, mi vocación, lo que me ha pedido hacer, la fidelidad a su voluntad, a sus mandamientos.... ¿tendré al final de mi vida la satisfacción de decir: “Está cumplido”? ¿Podré mirar sin vergüenza mi vida? ¿Podré echar la vista atrás sin tener que sufrir el remordimiento de haberme echado atrás a lo que Dios me pedía?

*¡Dame fuerzas Señor! ¡Dame fuerzas para ser fiel a tu amor en todo momento, hasta el final de mi vida!

COMPOSICIÓN DE LUGAR

Mira a Jesús crucificado. Justo después de beber un poco de vinagre dice: «*Está cumplido*». Es la última de las profecías que le quedaba por cumplir: aceptar el vinagre que le ofrecían, como los profetas habían anunciado.

Observa a Jesús. Está contemplando su vida entera. Bajo del Cielo y se hizo hombre en el seno de una Virgen para compartir nuestra humanidad: “Está cumplido”.

Vivió, sintió pensó, trabajó con manos, mente y corazón humano: “Está cumplido”.

Predicó el Evangelio, habló del amor de Dios, enseñó una nueva manera de relacionarse con Él: “Está cumplido”.

Cargó con todos nuestros pecados para obtenernos el perdón: “Está cumplido”.

Vino a sacrificarse para crear en su sangre una nueva y eterna alianza de la humanidad con Dios: “Está cumplido”.

Vino a amarnos hasta el extremo: “Está cumplido”.

Su misión no fue fácil. Toda su infancia, juventud y parte de su edad madura oculto, trabajando como un simple carpintero. Tres años de predicación siendo perseguido, atacado, calumniado, difamado... Los terribles tormentos de la Pasión...

Pero lo ha hecho. Ha sido fiel. El amor a nosotros le movió para llevarlo a cabo. Ha cumplido hasta el final la voluntad del Padre. “Está cumplido”.

*¿Tienes razón Señor! Cuando cometo un pecado... ¡no sé lo que hago! ¿Cómo me atrevo a jugarle mi salvación eterna, a romper tu alianza de amor, a manchar mi alma repugnantemente con tal de darme un capricho, un placer, un acto que te ofende y que dura unos momentos con tan terribles consecuencias para mí? Voy a repasar los pecados de los que más arrepentido estoy mientras te digo con total humildad: “¡Perdóname, no sé lo que hacía!”.

*¿Cuánto me consuela escuchar tus palabras de perdón! ¡Cuánto necesito sentirme perdonado por tu amor! Ahora, mientras te contemplo perdonando a los que con tanto odio te rechazaban y te asesinaban, comprendo que no hay pecado tan grande que no pueda obtener perdón y limpieza por tu parte si acudimos a tu divina misericordia.... Tu, Señor de amor y de perdón.....

*Tu me perdonas... ¿y yo no voy a perdonar? ¡Sí, Señor! Lo haré por ti. Perdonaré por ti. Por tu infinito amor. Voy a traer a esta oración a las personas que me han hecho daño, a mis enemigos, los voy a visualizar y los voy a perdonar delante tuya. ¡Dame Señor fuerza para perdonarlos de corazón!

SEGUNDA PALABRA DE JESÚS EN LA CRUZ

(Lc 23, 39-43)

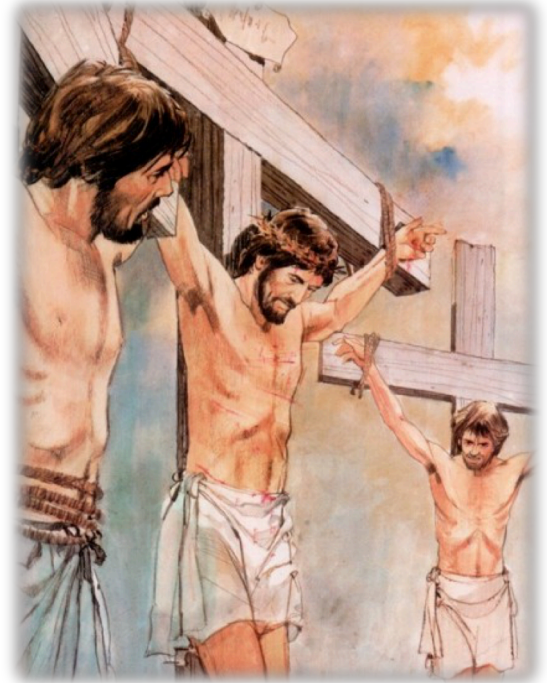
Uno de los malhechores crucificados lo insultaba, diciendo: «¿No eres tú el Mesías? Sálvate a ti mismo y a nosotros». Pero el otro, respondiéndole e increpándolo, le decía: «¿Ni siquiera temes tú a Dios, estando en la misma condena? Nosotros, en verdad, lo estamos justamente, porque recibimos el justo pago de lo que hicimos; en cambio, este no ha hecho nada malo». Y decía: «Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino». Jesús le dijo: «En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el paraíso».



SEXTA PALABRA DE JESÚS EN LA CRUZ

(Jn 19, 30)

Jesús, cuando tomó el vinagre, dijo: «Está cumplido».



COMPOSICIÓN DE LUGAR

Observa las tres cruces sobre el Calvario: en una está Jesús, el mismísimo Dios hecho hombre, el ser más inocente que jamás pueda existir. ¡Misterio terrible del sufrimiento de los justos, los inocentes, los que no han obrado maldad!

En las otras dos están dos ladrones pagando por sus crímenes. Uno de ellos recrimina a Jesús. No acepta su dolor y se vuelve rabioso contra aquel al que exige lo libre del sufrimiento. Míralo y obsérvalo: altivo, exigente, desafiador...

El otro en cambio, conmovido por el hecho de que Jesús esté sufriendo de forma inocente, acepta su castigo y tan sólo pide algo de misericordia, con humildad. Míralo y obsérvalo: arrepentido, humilde, con fe...

Jesús no lo libra de su dolor. Pero le promete algo mucho más grande: ese mismo día estará en el Cielo con Él.

¡El sincero arrepentimiento, la profunda humildad y la fe hicieron de un pecador la primera persona oficial (asegurada por el mismísimo Jesús) que iba al Paraíso! ¡Cuánto puede la humildad, la fe, el amor, el arrepentimiento ante Dios!

*Tu mirada antes de morir, Señor.... está tan llena de amor, de misericordia, de compasión... es una mirada tan impactante... tan profunda, sobrenatural, humana, divina... Voy a contemplar tu mirada un rato... voy a dejar que me mires desde la cruz.

*¿Tienes sed de mi amor?... Yo calmaré tu sed... Yo te daré mi amor.... ¡Te amo Señor Jesús, y me entrego a ti! ¡Viviré para ti! ¡Te acompañaré siempre! Seré tu consuelo, tu agua fresca, tu alivio en medio de una humanidad que te rechaza, te ofende, te odia.... No puedo ofrecerte gran cosa mi Señor. Pero lo poco que puedo hacer lo haré. Viviré mi día a día por amor a Ti y en comunión contigo.

*¡Oh Jesús! Cuantas veces yo tengo sed de felicidad, de amor, de gozo... y busco saciarla en personas, cosas, situaciones que me alejan de ti y no pueden quitarme la sed.... Sólo Tu puedes dar la plena felicidad, paz y alegría a mi corazón. ¡Dame de beber de Ti! ¡Sácíame con tu amor, tu amistad, tu comunión!

COMPOSICIÓN DE LUGAR

Observa a Jesús en la cruz. ¡Claro que tiene sed! Los crucificados, por la pérdida continua de sangre, solían padecer una terrible sed. Él, el Creador del agua, los mares y los ríos, pide ahora un poquito de agua para calmar esta torturante sequedad.

En estas palabras hay, no obstante, un gran misterio espiritual. Jesús, Hijo de Dios, jamás abrió los labios si no fue por una causa importante y necesaria. Él, que no se quejó durante el resto de tormentos de la Pasión, justo antes de morir, dice que tiene sed porque nos está descubriendo los profundos secretos de su Corazón.

Tiene sed de nuestro amor. Él muere por nosotros. Da su vida para salvarnos. La sed que le embarga, le tortura, le quema por dentro, es la sed de nuestra salvación. Él sabe que su sacrificio será inútil si no lo aceptamos. Somos libres y podemos rechazar su salvación. Sólo las personas que amen a Jesús, abran sus corazones a la misericordia de Dios, se purifiquen de sus pecados y acepten la gracia divina en sus vidas podrán salvarse y aprovechar el sacrificio de Cristo. Por eso Jesús pide amor. Tiene sed de nuestro amor.

Mírale. Mira sus ojos. Mira el inmenso amor con el que te observa desde la cruz. Escúchale hablarte a lo más íntimo de tu corazón: “Tengo sed de tu amor. Dame tu amor. Déjame amarte”

*Siempre ando quejándome, Señor, de todos mis sufrimientos, rebelándome contra ellos o, lo que es peor, exigiéndote que me liberes de ellos. ¡Oh Jesús! ¡Si yo supiera ofrecer mis sufrimientos y dolores, uniéndolos a tu sagrada Pasión, como penitencia por mis pecados, por la salvación de los demás! Voy ahora, en unión contigo, mientras te observo en la cruz, a ofrecer todos los dolores que ahora tengo por aquellas intenciones que Tu quieras.

*¡Qué paz y tranquilidad veo en Ti, Señor, y ese ladrón arrepentido, al saber ofrecer el sufrimiento con tranquilidad y amor para gloria de Dios y salvación del mundo! ¡Muéstrame el secreto, Señor, para convertir algo tan inútil y absurdo como es el dolor en un camino que lleva al amor, a la paz y a la salvación al unirlo a tu Pasión y ofrecerlo por los pecadores!

*¡La promesa del Paraíso! ¡El Cielo eterno! ¡Mi hogar último y definitivo!... ¿Qué me importa perder las cosas materiales, que me importa no gozar de los placeres terrenales, si mi gozo final es la casa eterna del Padre? ¡No permitas mi Jesús que pierda el camino que me lleva al Cielo!

TERCERA PALABRA DE JESÚS EN LA CRUZ

(Jn 19, 25-27)

Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María, la de Cleofás, y María, la Magdalena. Jesús, al ver a su madre y junto a ella al discípulo al que amaba, dijo a su madre: «Mujer, ahí tienes a tu hijo». Luego, dijo al discípulo: «Ahí tienes a tu madre». Y desde aquella hora, el discípulo la recibió como algo propio.



QUINTA PALABRA DE JESÚS EN LA CRUZ

(Jn 19, 28)

Después de esto, sabiendo Jesús que ya todo estaba cumplido, para que se cumpliera la Escritura, dijo: «Tengo sed».



COMPOSICIÓN DE LUGAR

Observa a la Santísima Virgen María mirando a su hijo crucificado. Sus miradas se cruzan: las miradas más puras, inocentes, limpias y hermosas que existen. El hijo y la madre. El Santo y la Inmaculada. El Dios Altísimo y la esclava del Señor.

Contempla con los ojos de María Santísima a Jesús en la cruz. Sólo Ella comprendió realmente el misterio de amor que allí estaba teniendo lugar. Ninguno de los presentes veía como Ella el infinito amor de Dios sacrificado, crucificado, muerto por nosotros. Sólo Ella captaba la misericordia de Dios derramándose desde la cruz para el perdón de los pecados, para purificar, renovar y santificar a la naturaleza humana.

¡Qué dolor de la Virgen! ¡Ver a su Dios, el Todopoderoso eterno a quien se le debe toda gloria y honor, humillado hasta el extremo! ¡Y ese Dios... es su hijo! ¡Su hijo amado que fue concebido por obra del Espíritu Santo! ¡Ese cuerpo que Ella concibió, cuidó, acarició. amó... ahora está desgarrado, golpeado, casi destruido...! ¡Oh, ¿quién puede comprender el dolor y el amor de la Madre en este momento?

Y entonces ocurre... su divino Hijo le da una instrucción final: mira con que cariño la observa mientras le dice: «*Mujer, ahí tienes a tu hijo*». Ella entiende que toda la humanidad queda bajo su cuidado. Y con emoción e inmenso amor acoge a todos bajo su manto. ¡A ti también!

*¡Gracias Señor por todo lo que has hecho en tu sagrada Pasión por mí! ¡Gracias por salvarme! ¡Gracias por cargar con todos mis pecados, todo mi mal, todas mis miserias y debilidades y destruirlas en la cruz! ¡Gracias, Jesús, por tu amor! ¡Gracias por amarme de forma extrema! ¡Gracias por tu sacrificio!

*Te adoro y te alabo profundamente, mi Señor, mi Salvador, mi Dios y Creador. Sólo Tu mereces la entrega absoluta de todo mi ser. Sólo Tu eres la verdad, la vida, el camino. Te amo y me entrego a Ti con todo lo que soy.

*De rodillas, postrado en tierra, sólo quiero permanecer estos minutos en tu compañía, glorificándote, alabándote, amándote... "Dios mío, yo creo, Te adoro, espero y Te amo. Te pido por los que no creen, no te adoran, no esperan y no Te aman."

COMPOSICIÓN DE LUGAR

Observa el Calvario. Es viernes. Las tres cruces (Jesús y los dos ladrones) ofrecen un terrible espectáculo a todos los que pasan por allí. El día se está oscureciendo.

Cerca de las tres de la tarde Jesús grita esta misteriosa expresión.

Sin duda alguna está rezando el salmo 21 que precisamente empieza con estas palabras. Es un salmo que profetiza los dolores de la Pasión y termina en un acto de abandono y confianza en Dios.

Pero hay algo más profundo. Observa a Jesús. Él está en ese momento cargando con todos los pecados de toda la humanidad, de todos los seres humanos que habían existido, existían y existirían. Él ha tomado el pecado en nombre nuestro para pagar, satisfacer y reparar por él. Sin haber cometido ni el más mínimo pecado se ha identificado con todo el mal de la humanidad permitiendo que caiga sobre Él para salvarnos así del castigo y de la muerte eterna. Esta frase la dice hablando en nombre de los pecadores. Él ha permitido un cierto y misterioso abandono de Dios precisamente para sacar al pecador de su eterna lejanía existencial de Dios y devolverlo a casa del Padre.

¡Oh que amor tan inmenso me tienes Señor, que has querido pasar por estas oscuridades y tinieblas para que yo alcance la luz, el perdón, la paz, la alegría y el gozo de ser hijo de Dios!

*Estabas sufriendo en la cruz Señor y tan sólo pensabas en nuestro bien. Y por eso decidiste compartir con nosotros uno de tus mayores tesoros: ¡tu mismísima Madre! Ella, criatura pura, santa y llena de amor, cuyos cuidados y cariño te formaron humanamente, se ha convertido en nuestra Madre del Cielo para formarnos espiritualmente. ¡Compartir tu Madre con nosotros! ¿Puede pensarse en un acto más amoroso justo cuando estás a punto de morir?

*¡La Virgen María es mi madre! ¡La madre de Dios es también madre mía! ¡La Reina del Cielo me cuida, me protege, me ama...! ¡Oh Santísima Virgen María!... Voy a pasar estos momentos ahora contigo... Voy a hablarte de mi vida, de mis necesidades... voy a cobijarme bajo tu protección, tu manto, tu amor, tu consuelo....

*Como el discípulo amado te recibo en mi vida como algo propio, como un preciadísimo tesoro, como mi Madre, Reina y Señora. Viviré en unión contigo Madre, bajo tu guía, sabiendo que teniéndote conmigo no perderé jamás a Jesús.

CUARTA PALABRA DE JESÚS EN LA CRUZ

(Mt 27, 45-46)

Desde la hora sexta hasta la hora nona vinieron tinieblas sobre toda la tierra. A la hora nona, Jesús gritó con voz potente: Elí, Elí, lemá sabaqtaní (es decir: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»).

